

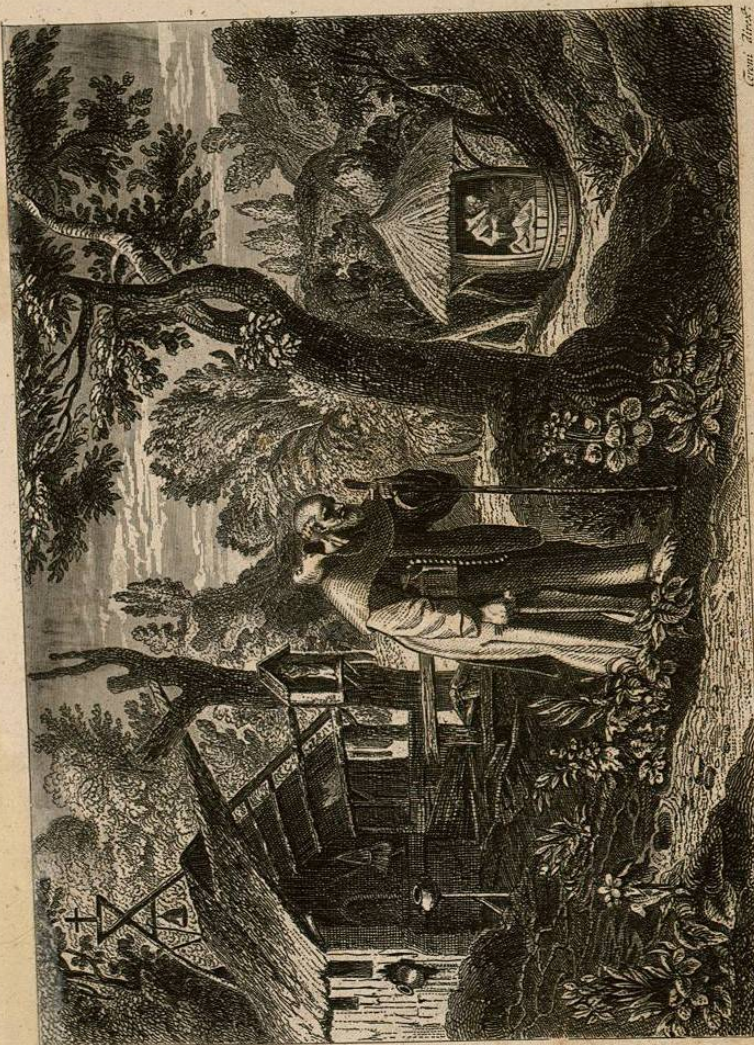
unirse del todo con Dios solo, en el que se emplearán todos sus pensamientos, y todos sus afectos para amarlo y contemplarle por una eterna pureza de corazón.

A esta bienaventurada ocupacion es á la cual aspiran sin cesar, y á la que se han entregado ya en esta vida los que lo han renunciado todo para no tener otro cuidado que el de aplicarse á la meditacion de las divinas Escrituras y purificar el corazón. Quedaréis admirados de esto después que San Pablo nos asegura que no solamente estas obras perfectas, sino hasta los dones más excelentes del Espíritu Santo pasarán, y que solo la caridad no pasará jamás. *Las profecías, dice él, serán aniquiladas, las lenguas cesarán, la ciencia será destruida; pero no perecerá la caridad* (T. Cor. 13) Ella será entonces mucho más sublime, más levantada, y reinará sobre la corrupción y el decaimiento; la incorruptibilidad en la que estará establecida, la hará todavía más ardiente y más íntimamente unida á Dios. »

Pero, dice el abad German: ¿quién puede estar siempre tan apegado á la contemplacion en una carne tan flaca, y cómo un alma dividida por diferentes cuidados sobre la tierra, puede estar siempre aplicada á Dios, a quien no puede ver ni comprender?

El abad German respondió: « El hombre rodeado de enfermedades sobre la tierra, no debe pretender estar en ella inseparablemente unido á Dios por la contemplacion. Todo lo que puede hacer es saber á qué debe tender siempre su espíritu, y qué objeto debe proponerse para estar siempre aplicado a ella. Debe regocijarse y consolarse en su alma cuando piensa en la misma. Debe gemir y afligirse cuando de ella se aparta por vanas distracciones y entonces debe llamar nuevamente de su extravío á su corazón y enderezar otra vez sus pensamientos para llevarlos á este objeto divino.

Tome II.



L'Abbé Isaac.

El Abad Isaac.

« Despues que el demonio ha sido arrojado del corazon y que el pecado no reina más en el, Dios viene á establecer en el mundo su reino, segun lo que dice en el Evangelio: *El reino de Dios esta dentro de vosotros* (Luc. 17.) No puede en efecto haber dentro de nosotros más que dos cosas: el conocimiento ó la ignorancia de la verdad, y el amor de los vicios ó de las virtudes. Por estas dos cosas establecemos en nosotros el reino de Jesucristo ó del demonio.

Cada uno debe reconocer pues ahora que un dia pertenecerá infaliblemente aquel de los dos reinos que habrá escogido para herencia suya, y al cual se habrá sújetado. Seremos eternamente súbditos de aquel rey á quien hemos escogido en la tierra. Ahora bien, se entra en el reino del diablo por el pecado, y en el de Dios por la práctica de las virtudes, por la pureza del corazon y por una ciencia espiritual y divina. El reino de Dios lleva consigo necesariamente una vida eterna. El reino del diablo arrastra tras de sí aquella muerte y aquel infierno, en el que el que cae no puede ya alabar á Dios.

« En cuanto á lo que toca á la contemplacion de Dios, no se conoce solamente á este por la vista y admiracion de su incomprendible esencia, lo cual todavia está velado para nosotros y oculto en la esperanza de las promesas que se nos han hecho; pero conócele acá bajo por la grandeza y excelencia de sus obras, por la consideracion de la justicia y por aquella providencia y sabiduria que hace brillar sin cesar en el gobierno del mundo. De esta manera nos levantamos á él contemplando con espíritu puro la conducta que de siglo en siglo ha tenido sobre cada uno de los santos que ha hecho nacer en su Iglesia, admirando con un santo temor aquel soberano poder con que todo lo gobierna, ordena y regula; aquella infinita sabiduria y aquella vista penetrante que llega hasta el fondo de los corazones sin que

nada pueda esconderse de su luz, representándonos con admiración que conoce el número de los granos de arena y las olas del mar, admirando que cada gota de lluvia, cada día, cada hora, todo el pasado, y todo el porvenir subsiste delante de él y está presente á su conocimiento.

« Pero lo que más debe movernos es cuando reparamos en nuestro espíritu aquella dulzura y aquella infatigable paciencia con la que sufre aquel número infinito de crímenes que todos los días se cometen delante de sus ojos ; cuando reflexionamos sobre el santo estado al cual nos ha llamado por su pura misericordia ; cuando en fin vemos con un transporte de alegría y admiración, cuántas aberturas y ocasiones favorables para salvarnos nos ha proporcionado, después de habernos escogido para ser del número de sus hijos.

El abad German dice : « ¿ Cómo, padre mío, puede el espíritu del hombre librarse de aquella multitud de pensamientos inútiles que vienen á atormentarle á pesar suyo y que se insinúan en su corazón sin que apenas se aperciba de ellos ? »

El abad Moisés respondió : « Yo estoy de acuerdo con vosotros, hijos míos, en que es imposible que el espíritu no sea atacado por estos pensamientos ; pero con la gracia de Dios se pueden arrojar y echar cuando á ello nos aplicamos con cuidado. No podemos impedirles que nazcan en nosotros, pero con el auxilio del Señor podemos echarlos ó recibirlos, según que sean buenos ó malos. Por esta vigilancia podemos procurar que nuestro corazón se levante hacia el cielo, ó que por nuestra negligencia se incline con su peso hacia la tierra. He ahí porqué nos aplicamos tan frecuentemente á la lectura y meditación de la sagrada Escritura, cantamos salmos, velamos, ayunamos, oramos, haciendo todo esto á fin de que siendo nuestra alma más pura, olvide las cosas de la tierra y se eleve á Dios. Y si,

por nuestra negligencia interrumpimos nuestros ejercicios, entonces nuestro espíritu, dejándose llevar de la inclinación natural que tiene hacia la carne, se entrega á las pasiones y se expone á caer en todos los vicios.

« Comprenderéis esto mejor con una comparación familiar. Cuando se quiere hacer dar vueltas á la muela de molino, se cierran las aguas, á fin de que corriendo con mayor violencia, comuniquen su movimiento á la muela. No es pues posible entonces que aquella muela deje de obrar en tanto que el agua le comunique su agitación ; pero depende del amo del molino ocupar su acción sobre el grano bueno ó malo. Lo mismo sucede con nuestra alma : mientras que en esta vida sea tentada y como inundada por el torrente de las pasiones, será agitada por una multitud de pensamientos ; pero de nosotros depende el velar y observar cuáles son aquellos á los que queremos dar entrada. Si nos ocupamos de las divinas Escrituras, si nos elevamos hacia el cielo por nuestros piadosos deseos, si los formamos continuamente para nuestro aprovechamiento en la perfección, los pensamientos que de estos ejercicios se levantarán serán buenos. Si, por el contrario, nos dejamos llevar por la negligencia á conversaciones inútiles, á cuidados del mundo y á diligencias superfluas, nacerán pensamientos malos y peligrosos, y la palabra de Jesucristo se verificará en nosotros : *En donde esté el tesoro de vuestras acciones y de vuestros pensamientos, allí se encontrará vuestro corazón* (Math. 6.)

Nuestros pensamientos proceden de tres principios : de Dios, del demonio, ó de nosotros mismos. Proceden de Dios cuando él se digna esclarecernos por la infusión de su Espíritu Santo que nos excita á adelantarnos en la virtud, y que nos inspira una saludable compunción de nuestras faltas. Vienen del demonio cuando procura sobrepujarnos por el placer de los vicios, ó cuando por sus artificios, nos propo-

ne el mal bajo las apariencias de bien. Proceden de nosotros mismos cuando, con un efecto natural de nuestro espíritu, nos acordamos de las cosas que hemos hecho ó que hemos oído; y de estos pensamientos decía David: *El Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe que son vanos.* (Psal. 93.)

« Debemos pues siempre tener en el espíritu estos tres principios, y examinar con un prudente discernimiento los pensamientos que salen de nuestro corazón, descubrir su fuente y su causas para conducirnos segun hayamos reconocido á su autor. Por esto portémonos como aquellos cambistas, de quienes habla Jesucristo, que saben discernir tambien el oro verdadero del que no lo es. Ellos no se dejan deslumbrar por una falsa pureza que cubre un fondo de cobre con una superficie de oro. No solamente distinguen las monedas marcadas con la imagen de los tiranos sino tambien las que, llevando el caracter del rey legitimo, son sin embargo contrahechas y falsificadas, y finalmente con la balanza en la mano, ven si tienen peso.

« Todas estas circunspecciones que guardan estas personas nos sirven de instruccion. Debemos examinar si lo que se introduce en nuestros corazones, ó si algun dogma que se nos inspira procede del Espíritu Santo y no de la supersticion ó vanidad de los filosofos; porque sabemos que, despues de haber hecho profesion de la vida solitaria, se han dejado sorprender por tales personajes; su elocuencia y el adorno de sus palabras ha sido como una superficie de oro que cubria una pieza falsa y un fondo de cobre. Un falso sentido que se junte tambien al más puro oro de la Escritura, puede engañarnos por el precio de la materia á la que se junta. El seductor procura asimismo sorprendernos, dándonos tambien falsas piezas de moneda; esto es, cuando nos lleva á los ejercicios de piedad que nuestros superiores no reconocen ó que jamás han tenido curso, por decirlo asi,

en la conducta de nuestros sabios predecesores. Él nos esconde diestramente el desdichado fin que se propone en lo que nos inspira. Nos propone la virtud para hacernos caer en el vicio. Nos incita á ayunos excesivos y extemporáneos; á desmedidas vigiliass, á largas oraciones en tiempos incómodos; á la lectura cuando hay que hacer otra cosa; á visitas de caridad para hacernos salir del secreto de nuestro monasterio y del reposo de nuestra soledad; á tomar cuidado de algunas mugeres de piedad para enredarnos como con redes en una multitud de cuidados é inquietudes; á entrar en el sacerdocio so pretexto de ganar las almas para Dios; y aun cuando lo que nos proponen sea manifiestamente contrario á nuestra salvacion y profesion, lo presenta bajo apariencia de caridad y devocion, y engaña á los que no saben discernir sus artificios.

« El medio de no ser engañado es examinar todas nuestras acciones con el peso del santuario; esto es, ver si llevan la señal de los verdaderos padres de la Iglesia y de la tradicion canónica y universal. Hay que considerar tambien que por útil y hasta necesario que pueda parecer por de pronto lo que se nos inspira, si es sin embargo contrario á nuestra profesion, si tiende á arruinar poco á poco el cuerpo de aquellas santas acciones á las cuales nos atan nuestras antiguas resoluciones, nos será más ventajoso rechazarlo.

« Imitaremos tambien á los hábiles cambiantes que consideran el peso de las monedas, si pesamos exactamente nuestros pensamientos en la balanza de nuestro corazón, para ver si lo que nos inspiran tiene algo de demasiado singular, si el motivo es defectuoso, y si el mérito de nuestra accion se ha disminuido por algun golpe de vanagloria. Pongamos nuestras acciones en la balanza; examinémoslas bajo el peso del santuario; es decir, segun las reglas públicas y generales de los Profetas y de los Apóstoles. Velemos

finalmente sobre las más secretas disposiciones de nuestro corazón, y consideremos con atención todo lo que entra en él, y si el dragón infernal encuentra el medio de insinuarse en el mismo en secreto. De esta manera removiendo este corazón, como una tierra, con el arado misterioso de la verdad evangélica, esto es, con el recuerdo continuo de la cruz de Jesucristo, descubriremos en nuestra alma el escondrijo en el que los vicios, á manera de serpientes capaces de matarla con su emponzoñado aliento, están escondidos, y los exterminaremos. »

SEGUNDA CONFERENCIA

SOBRE LA DISCRECION

Casiano termina la reproducción de su primera conferencia con el abad Moisés, con la promesa que este santo abad le hizo á él y al abad German, de hablarles sobre la virtud de la discreción. Pero, díjoles el bienaventurado viejo, hablándoos de esta virtud, debo enseñárosla con mi ejemplo y practicarla con vosotros terminando esta plática por miedo de herir con mis actos una virtud que quiero revelar con mis palabras. « Asi que, dice Casiano, exhortónos á que cerráramos por un momento los ojos y dormiéramos un poquito sobre las mismas esteras en que estábamos cuando nos hablaba. Diónos para apoyar la cabeza una especie de almohadon de que ellos se sirven. Consiste este en unas cañas ajustadas en pequeños manojos largos y delgados, que están de trecho en trecho atados muy suavemente. Tambien sirven de pequeñas sillas muy bajas. Cuando los

solitarios se juntan encuentran este mueble muy cómodo, porque es fácil de manejar y trasladar, y se hace sin pena y sin gasto puesto que estas cañas crecen en abundancia á orillas del Nilo, y á todo el mundo le es permitido ir á cortarlas para su uso. »

Al día siguiente al amanecer (coll. 2. c. s.), Casiano y German suplicaron al viejo que cumpliera su promesa; y él les hizo sobre la discreción el excelente discurso cuyo extracto vamos á dar. Por de pronto muestra la necesidad y las ventajas de esta virtud; lo cual confirma con el testimonio de las Escrituras y de los santos, y con muchos ejemplos que aduce. Muestra en seguida cómo se la debe buscar y practicar.

« La discreción, dice, no es una mediana virtud. Es un don de Dios; y si el solitario no se aplica con cuidado á adquirirla, pronto se encontrará como en una noche sombría, y se verá expuesto á sufrir grandes caídas. Estando reunidos muchos ancianos junto al gran San Antonio, como se hablase allí del medio más necesario para no ser sorprendido por los artificios del demonio y para llegar á la más elevada perfección por un camino recto y seguro, después que cada uno hubo dicho su parecer, San Antonio decidió que era la discreción; porque habiendo muchos solitarios poseído grandes virtudes, solamente la falta de discreción hizo que se desmintiese su piedad y que no pudiesen perseverar hasta el fin. Esta virtud es llamada por Jesucristo (Matth. 6.) el ojo y la lámpara del cuerpo, porque en efecto hace un sabio discernimiento de nuestros pensamientos y de nuestras acciones, para conocer lo que hay que evitar y lo que hay que hacer. Ella es el consejero, al cual las divinas Escrituras nos recomiendan que consultemos. Ella es aquel sólido alimento del cual nos habla San Pablo (Hebr. 5.). En una palabra, ella es la que únicamente puede conducir á un solitario á Dios sin que se extravíe,